

y de mayor nivel intelectual trabajando sobre el modernismo, y, dada su juventud, un miembro de lo que promete ser la «nueva crítica» latinoamericana, que, siguiendo tras los pasos de humanistas como Pedro Henríquez Ureña, concibe como parte integral necesaria de un proyecto crítico fundador la revisión de la crítica de nuestras letras.

ALBERTO JULIÁN PÉREZ

*Dartmouth College.*

IVÁN A. SCHULMAN, ed.: *Nuevos asedios al modernismo*. Madrid: Taurus, 1987.

Este volumen es una recopilación de estudios y ensayos sobre el modernismo, seleccionados entre las ponencias presentadas al Congreso del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana del año 1977. Como todo volumen colectivo, es un libro heterogéneo, pero, no obstante la diversidad, podemos agrupar los trabajos según ciertas actitudes críticas básicas. Iván A. Schulman, Noé Jitrik y Alfredo A. Roggiano trataron el tema desde un punto de vista general y procuraron explicar qué es el modernismo; Hugo Achúgar, José Luis Gómez Martínez y Ricardo Gullón prefirieron investigar el aspecto ideológico; un tercer grupo, integrado por José Olivio Giménez y Roberto González Echevarría, entre otros, indagaron aspectos literarios específicos del modernismo; un cuarto grupo: Ernesto Mejía Sánchez, Klaus Meyer-Minnemann y Evelyn Picon Garfield, investigaron obras en prosa poco discutidas en el pasado; Geoffrey Ribbans y Manuel Durán vieron la influencia del modernismo en autores posmodernistas, y Saúl Yurkievich y Bella Josef indagaron la naturaleza del modernismo siguiendo la estructura libre e improvisada del ensayo, sin ceñirse a los requisitos del estudio literario tradicional.

Esto en cuanto a la variedad de enfoques; antes de considerar la aportación que estos trabajos hacen al tema del modernismo conviene tener en cuenta los obstáculos básicos que enfrentan este tipo de investigaciones: primero, el cambio de horizonte ideológico, de gusto estético y de forma de leer y escribir, que ha tenido lugar a partir de la vanguardia hace difícil entender con claridad las características peculiares de un movimiento literario ubicado en las postrimerías del siglo romántico; segundo, los métodos de trabajo que los estudiosos de las literaturas hispanoamericanas heredamos de los grandes centros de investigación europeos y norteamericanos no siempre se adecúan a la resolución de los problemas específicos que plantean el estudio de nuestras literaturas.

El primero de estos obstáculos puede resolverse con un cuidadoso estudio histórico de la literatura, utilizando los instrumentos de investigación creados por los filólogos y valorando con sensatez las buenas obras de crítica escritas por los estudiosos contemporáneos al modernismo; la superación del segundo requiere una toma de conciencia, de parte del crítico, de la prioridad que tiene la cuestión metodológica en los estudios literarios para lograr una comprensión más ajustada y científica del fenómeno y el planteamiento del problema de la adecuación de esos métodos a nuestras necesidades de conocimiento. Si evaluamos estos trabajos teniendo en cuenta el aporte hecho por los críticos para vencer estas dificultades, sus logros, con algunas excepciones dignas de mencionar, no son relevantes. Notamos la poca atención que se presta a estudios del pasado; faltan referencias, por ejemplo, al ensayo de Rodó sobre *Prosas profanas*, a la investigación de Mapes sobre la influencia francesa en el modernismo, al libro de Arturo Marasso sobre Darío, obras clave insustituibles, que no pueden ser mejoradas en su tipo, puesto que estos autores

tenían un conocimiento directo de fuentes literarias, que hoy estudiamos sólo superficialmente (por ejemplo, los autores parnasianos franceses).

Los únicos trabajos de este volumen que logran salvar con felicidad la barrera histórica que implica la investigación del modernismo son los filológicos; entre éstos, el más perfecto es el del Prof. Alfredo A. Roggiano, digno discípulo de Amado Alonso y Pedro Henríquez Ureña; Roggiano estudia sintéticamente el origen de la palabra modernismo y la evolución del concepto, establece etapas ampliamente documentadas de su uso, describe con erudición la etimología, analiza las fuentes francesas y su aplicación idiosincrática en el medio iberoamericano, demuestra con su ejemplo que la filología, lejos de ser una disciplina superada del pasado, es la base de toda investigación literaria seria. Los otros trabajos que se benefician directa o indirectamente del método filológico histórico son el de José Olivio Giménez sobre los símbolos existenciales en la obra de Martí; el de Roberto González Echevarría sobre la poética de *Versos libres*; la impecable investigación de Klaus Meyer-Minnemann sobre la novela modernista hispanoamericana y la literatura europea finisecular, que parece ser un resumen de su libro sin publicar, citado en alemán al pie de la página.

Los artículos de Lilia Dapaz Strout y Pedro Lastra hacen un uso más limitado y fragmentario de los recursos filológicos; Dapaz Strout interpreta «Responso a Verlaine», de Darío, según conceptos mítico-religiosos y ocultistas, produciendo una lectura inesperada del poema, que tiene el efecto negativo de poner en segundo plano otras más inmediatas y directas; Lastra estudia algo evidente en *Los raros*: la coherencia del conjunto de la obra. Los trabajos de Hugo Achúgar sobre las ideas de Martí; de Gómez Martínez con respecto a la relación de krausismo y modernismo, y el de Gullón sobre la relación entre espiritismo y modernismo, aunque interesantes, acrecientan la voluminosa bibliografía sobre las ideologías del modernismo sin vislumbrar las posibilidades de su síntesis. Manuel Durán en «La huella del modernismo en la poesía de Pablo Neruda» y Geoffrey Ribbans en «Antonio Machado y el modernismo» muestran verdades obvias, ya que no hay autor iberoamericano de la primera mitad de nuestro siglo que no haya sido heredero voluntario o involuntario del modernismo; Evelyn Picon Garfield trata de probar la influencia que el diario íntimo de María Bashkirtseff tuvo en la concepción de *De sobremesa*, de J. A. Silva; Peter G. Earle, en «Sentido de la forma en el ensayo modernista», comenta con muy buena información sobre tres motivos del ensayo modernista: la autocontemplación, la independencia del arte y la misión cultural; David Lagmanovich procura hacer una lectura estructural de «Nuestra América», texto poco apto para este tipo de análisis, que se resiste a su parcelación, excepto la más elemental; Iván A. Schulman, en «Modernismo/modernidad: metamorfosis de un concepto», sostiene que el modernismo es «un movimiento de libertad» muy amplio, que no puede ser definido con claridad y afecta a toda la cultura contemporánea, concepción defendida previamente en sus libros.

Notamos en este volumen la falta de integración de modelos experimentales nuevos de investigación, como los que proveen la semiótica, la lingüística o la neoretórica, al estudio del modernismo, para alcanzar una comprensión renovada del fenómeno; la única excepción a esto es el estudio de Noé Jitrik «El sistema modernista (o rubendariano)», que se propone entender el modernismo no como el logro de una escuela, sino como parte de la historia de «la escritura»; su interés es llevar a cabo una desconstrucción que demuestre la efectividad del modernismo como proceso productivo y liberador; Jitrik medita sobre su problema con vocación filológica y se esfuerza en enumerar los elementos del sistema modernista; su lenguaje

es conceptualmente rico, aunque una mayor variedad de ejemplos y una elaboración más cercana al texto ayudarían al lector a visualizar mejor todas las implicaciones de su concepción.

Quedan aún por mencionar dos participantes de esta antología: son los que no han querido ceñirse al modesto esquema del estudio literario y prefirieron incursionar en el terreno inventivo del ensayo. Bella Josef medita sobre el modernismo y la vanguardia, y, como es normal, en este tipo de trabajos cae en generalizaciones poco fundadas o imposibles de probar, como cuando afirma que los vanguardistas «... van a intentar llenar el vacío ético dejado por la imposición de la cultura española en la época de su conquista» (p. 69). (El editor olvidó también de corregir la ortografía y la expresión de Josef, que habla el español como segunda lengua, y encontramos en el ensayo «insiere» por inserta y «el fascinio» probablemente por la fascinación.) Saúl Yurkievich, que tituló su ensayo sobre Darío «El sujeto transversal o la subjetividad caleidoscópica», muestra una gran voluntad de estilo y emplea frases tan osadas como: «La clarividencia armónica del régimen diurno que concierta en las jubilaciones del discurso de arriba la deseada consonancia entre el lenguaje, el mundo interior y el mundo exterior, es descendida y escindida por la potencia oscura del fondo sin rostro, por el galimatías de la profundidad corporal, por el ruido de las mezclas entrañables que no se dejan ni asignar ni designar» (p. 76); pero tenemos derecho a afirmar que expresiones como «la clarividencia armónica del régimen diurno», o «las jubilaciones del discurso de arriba», o «la potencia oscura del fondo sin rostro», o «el ruido de las mezclas entrañables que no se dejan ni asignar ni designar» no tienen sentido en español, excepto como metáforas oscuras, por lo que Yurkievich, en su afán de originalidad, habría cometido el único pecado que un crítico no debe cometer: hablar de la poesía en lenguaje poético, ya que el segundo es incapaz de explicar a la primera.

Debemos admitir finalmente que esta antología, a pesar de sus limitaciones, y sin ignorar sus aciertos, es testimonio del variado interés de los estudiosos hispano-americanos, de su grado de madurez intelectual y de sus orientaciones críticas y de la vigencia del modernismo como problemática ligada al origen y desarrollo de nuestras literaturas contemporáneas. Justo es, además, reconocer el esfuerzo tesonero realizado por el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, organizador del congreso en que se presentaron estos trabajos, para proveer el foro indispensable en que los investigadores de las literaturas hispánicas puedan volcar sus aportes y comunicar sus inquietudes críticas.

ALBERTO JULIÁN PÉREZ

*Dartmouth College.*

DANIEL BALDERSTON, comp.: *The Literary Universe of Jorge Luis Borges. An Index to References and Allusions to Persons, Titles and Places in His Writings.* Westport, Connecticut: Greenwood Press, 1986.

Este volumen, pacientemente compilado por Daniel Balderston (autor, además, de *El precursor velado: R. L. Stevenson en la obra de Borges*, publicado en Editorial Sudamericana de Buenos Aires en 1985), es parte de la colección, en lengua inglesa, «Bibliographies and Indexes in World Literature» de Greenwood Press. Se trata de un «diccionario» de los diferentes nombres citados o aludidos por Borges en sus obras, trabajo que podría parecer innecesario con la producción de otro escritor, pero que se justifica ampliamente en el caso de la obra de Borges. Todo lector de